



Como San Francisco hizo su revolución

«San Francisco es tan poderosa y profundamente hermano — dice Sabatier —, que su vida constituye un supremo milagro de humanidad; es la simplicidad que triunfa magnánime y fecunda. Su figura os aparecerá sugestiva, sonriente, irradiando belleza y verdad».

El es «il Místico Sole» que hace sentir a la tierra su influencia benéfica, mediante su doctrina sobre la pobreza. De esta doctrina hizo el fundamento de su revolución.

Aquella pobreza que, «privada de su primer marido había quedado oculta y despreciada por mil y cien años», ahora vuelve y se manifiesta desde lo alto de la Cruz donde «había subido con Cristo» por obra de Francisco, que conmueve con ella la sociedad y causa una reforma capital de orden político, religioso y social.

El concepto de la pobreza, según Francisco, no implica la renuncia a las riquezas, sino una toma de posesión de las mismas real y verdadera. La propiedad extrínseca de las cosas es forzosamente muy limitada y embarazosa, y sobre serlo en tanto grado, hipoteca todas las facultades del propietario. Esta propiedad la rechaza Francisco por otra propiedad más completa que vaya junta con una verdadera libertad. Francisco no rechaza con desdén las riquezas, sino que más bien huye de ellas como de una insidia.

San Francisco y sus frailes lo poseían todo pacíficamente: el hermano Sol, el hermano fuego, el hermano lobo, las hermanas avecillas...; pero esta posesión no implicaba señorío insincero y egoísta, sino el afecto cordial a cuanto es bello, amable, tierno, poderoso y fuerte.

Substituyendo a la posesión extrínseca de las cosas y de los hombres, por una toma de posesión interna, afectiva, fraternal, consiguió las verdaderas riquezas y la libertad de corazón, que no contentándose con lo limitado, exigen lo ilimitado, lo puramente ideal, lo eterno, con respecto al objeto de la propiedad y con respecto al sujeto de la misma. Y así no es la pobreza franciscana un medio, sino un fin que se confunde con la felicidad de los Beati pauperes...; es que alcanza la soberanía de la virtud que es alegría, sobre lo pecaminoso que es tristeza y dolor.

Estos principios de Francisco renovaron la sociedad de su tiempo y pueden renovar la de nuestros días. Esta doctrina está en antítesis perfecta con la de los reformadores modernos. Francisco exaltó los verdaderos valores de la vida; dice a los ricos: «hacedos pobres y conquistad la libertad de vuestro espíritu»; y a los pobres: «ya tenéis la pobreza que es un don; conquistad ahora el espíritu de pobreza, que es libertad». Los reformadores de hoy siguen otro camino: exaltan todo lo vanidoso de la vida y anulan el individualismo cristiano para forjar al hombre pieza; es decir, al exhombre, el hombre que acusa la pérdida absoluta de la libertad.

De la disparidad de doctrinas nace la desigualdad de las revoluciones.

Francisco en el siglo XIII extiende el amor aún entre sus enemigos; los reformadores de hoy extienden solamente el odio y el odio es siempre ciego, injusto e inconsciente. «Odio a los ricos... quemad... arrasad...; todos los medios serán legítimos» — dice la demagogía de hoy —. «Hermanos ladrones: venid a nuestra casa y os haremos parte en nuestro yantar». Y como si no bastase esta afectuosa invitación a los hijos del pecado, muy luego les lleva los huevos y la carne que para ellos habían mendigado. La venganza comunista de San Francisco, no va inspirada más que por el amor: el amor a sus hermanos, a los hombres, sean lo que sean. Aquí claramente se ve la diferencia de dos revoluciones, que materialmente parten de un único principio, tomado bajo diferentes puntos de vista: uno verdadero, el otro falso. Los efectos fueron a la par con las doctrinas. Siglo XIII, siglo de oro del amor, de la belleza y de la caridad. Siglo XX, siglo de oro del nihilismo y de la consunción de la humanidad en sí misma y por sí misma.

P. ROMÁN
Franc. Conventual

GRUMETE DEL «BALEARES»

Grumete del «Baleares»:
¡qué bien supiste morir!

Poeta con cinco flechas
yugadas en carmesí.
Llevabas camisa azul,
y en la conciencia un jazmín
de ilusiones encendidas
sobre el mar del porvenir.

Grumete del «Baleares»:
¡qué bien supiste morir!

Quedaste, como el profeta,
roto en medio de la lid,
sin otra ansia que tu ansia,
sin otro fin que tu fin.
Eras el clavel temprano
mejor de nuestro jardín.

Grumete del «Baleares»:
¡qué bien supiste morir!

Y como clavel temprano
mejor de nuestro jardín,
le ofreciste a la muerte
el desplante varonil
que sólo los falangistas
como tú, saben medir.

Grumete del «Baleares»:
¡qué bien supiste morir!

Carmen BENEDÍ BILBAO

T Ú

Diecisiete primaveras
sin murmullos de tristeza.

Auroras y más auroras
se concentran
en tu iris de cristal;
diecisiete primaveras
de coral.

J GENDRE CAPELLA